

---

CANTO VI.

LA ANUNCIACIÓN.

---

LXI.

De Nazareth en la ciudad apenas  
Se estableció la casta desposada,  
Cuando la vida pobre con sus penas  
Se presentó de un golpe á su mirada.  
Semejante á las blancas azucenas,  
Que ven tranquilas la tormenta airada,  
Ella tendió su vista sin espanto  
Á aquella vida de miseria y llanto.

LXII.

Humilde como el lirio de los prados  
El agua de la fuente recogía  
Cuando el sol con sus rayos sonrosados  
Los picos de los montes reteñía.  
Ocupada en trabajos muy pesados  
Cual su estado pobrísimo quería,  
Recuerdos del pasado no evocaba,  
Ni en la mañana de dolor pensaba.

LXIII.

Cuando al caer la tarde su faena  
Terminaba su esposo fatigado,  
Le preparaba de ternura llena  
Un pobre pan, mas limpio y sazonado:  
Y así pasando su vivir serena  
Como el dormido arroyo perfumado,  
Con dulce, blando y sosegado anhelo,  
Su pensamiento remontaba al cielo.

LXIV.

Era una tarde diáfana y brillante,  
Tarde de inspiración, tarde de amores,  
El tibio sol en la montaña errante  
Deramaba sus últimos fulgores;  
Entre el follaje del sauz gigante  
Cantaban los alegres ruiñeños,  
Y saltando la brisa entre los tilos  
Besaba de la adelfa los pistilos

LXV.

Serpenteaba el arroyo cristalino  
Desgajado en las peñas cenicientas  
Y el suave viento con murmurio fino  
Jugaba en las higueras corpulentas;  
En el rosado cielo purpurino  
Nubes de plata se arrastraban lentas,  
Y en la arena rodaban perezosas  
Del ancho mar las ondas espumosas.

LXVI.

Miriam entónces silenciosa y sola  
En su aposento de oración se hallaba  
Circundada de mística aureola,  
Que su belleza cándida realizaba;  
Rosa de blanca y celestial corola,  
El perfume de su alma derramaba,  
Pidiendo con amor santo, profundo,  
Al Dios de Abraham, la redención del mundo

LXVII.

“Señor, Señor de cuya mano santa  
“Se derraman las gracias á millares:  
“Tú que le das olores á la planta,  
“Fruto al arbusto, conchas á los mares,  
“Tú que pones la voz en la garganta  
“De la mirla que arrulla entre azares,  
“Acuérdate del hombre delincuente,  
“Que no osa al cielo levantar la frente.

LXVIII

“Mira sus penas, su miseria mira,  
“Y ten piedad del infeliz procrito,  
“Que lejos de su patria vé y suspira,  
“La horrenda mancha de su gran delito.  
“Salva al que solo compasión inspira,  
“Por no gozar de tí bien infinito:  
“Acuérdate del hombre delincuente,  
“Que no osa al cielo levantar la frente.

LXIX:

“Vuélvele tu amistad si no la gracia  
“Que en el Edén le diste como herencia  
“Cuando el mirto, la primula y la acacia  
“Formaban pedestal á su inocencia;  
“Hoy que léjos de tí vé en su desgracia  
“El fruto de su triste inobediencia:  
“Acuérdate del hombre delincuente,  
“Que no osa al cielo levantar la frente.

LXX.

“Acuérdate de Sión, vuelve tus ojos,  
“Vuelve tu rostro à la infeliz Solima;  
“Si causó tus justísimos enojos,  
“Hoy cual la yedra al olmo, à tí se arrima;  
“Vuélvele generoso tu alta estima;  
“Que se troquen en flores sus abrojos:  
“Acuérdate del hombre delincuente,  
“Que no osa al cielo levantar la frente.

LXXI.

“Acuérdate del hijo que sin tino  
“Osó rasgar de su inocencia el velo;  
“Cúmplase tu promesa, abre el camino  
“Que al fin lo debe conducir al cielo.”  
Cayó Miriam y en éxtasis divino,  
Bajó sus ojos húmedos al suelo;  
Sus manos sobre el pecho se cruzaron  
Y en sus ojos dos lágrimas brillaron.

.....

LXXII.

Jehová esa misma tarde “Ve, le dijo  
‘Al Arcángel Gabriel, desciende al suelo,  
‘Y á la hija de Joaquín auuncia un hijo  
‘Que irá á su seno desde el alto cielo.  
‘Dila que mucho al contemplar me affijo  
‘De la raza de Adán el triste duelo,  
‘Y que ella es la escogida y agraciada  
‘Para servir al Verbo de morada.”

LXXIII.

En una nube de luciente gasa  
Parte Gabriel, el ángel mensajero,  
Doncel hermoso que doquier que pasa  
Del sol ofusca el tibio reverbero.  
La humilde yedrecilla, que se enlaza  
Al tronco del altivo cocotero,  
Tiende sus hojas y se mece al aire  
Al ver del ángel el gentil donaire.

LXXIV.

Vela sus formas blanca vestidura,  
Y cayendo en cascada su cabello,  
Cubre cual oro que á la luz fulgura  
Sus blancos hombros y nevado cuello.  
Un ancho fajo deslumbrante y bello.  
Sujetando el ropaje á la cintura,  
Deja ver le riquísima sandalia  
De un pié que besa la arrojante dahalia.

LXXV.

En los brazos del bello adolcente  
Brillan las margaritas y diamantés,  
Y en la rica guirnalda de su frente  
Las perlas y los ópalos brillantes:  
Ya en los blancos celajes de occidente  
Oculta el sol sus rayos palpitantes,  
Cuando el divino embajador del cielo  
Plega sus alas suspendiendo el vuelo.

LXXVI.

Se acerca á la humildísima doncella,  
A la hija de Joaquín, pura y sencilla  
Que como blanca y rutilante estrella,  
Con el tesoro de sus gracias brilla:  
Absorto queda ante la niña bella:  
Baja la frente, dobla la rodilla,  
Y no osa con el timbre de su acento  
Turbar su religioso arrobamiento,

LXXVII.

Arrodillado con silencio santo  
El ángel del Señor permanecía,  
Y una nube blanquísima entre tanto  
En el humilde techo se cernía;  
Al fin le dijo con celeste encanto:  
"Dios te salve, bellísima María,  
"Porque llena de gracia sólo tú eres,  
"Y bendita entre todas las mujeres."

LXXVIII.

Mas al verla turbarse añadió luego,  
Con acento tranquilo y reposado:  
"Nada temas, recobra tu sosiego,  
"Sombra te hará el Señor de lo criado;  
"Enviará sobre tí su casto fuego,  
"Te lavarás la mancha del pecado,  
"Quebrantará las sombras del abismo,  
"Porque serás la madre del Dios mismo."

LXXIX.

"Ya tu prima Isabel su oprobio lava,  
"Pues tiene un hijo en su vejez extrema."  
Miriam sus ojos en el cielo clava,  
Y al ángel dice, de obediencia emblema:  
"Aquí está del Señor la humilde esclava.  
"Hágase en mí su voluntad suprema."  
A esa voz, á ese acento, á esa armonía,  
Bajó el increado al seno de María.

## CANTO VII.

## LA VICITACIÓN.

## LXXX.

Después que el mensajero del Eterno  
 Voló otra vez á la mansión divina,  
 Haciendo estremecer al negro infierno  
 Con su voz deliciosa y argentina;  
 La esposa de José con gozo tierno,  
 Pues siempre al bién su corazón se inclina  
 Pensó llevar á Elizabet consuelos  
 Y prodigarla todos sus desvelos.

## LXXXI.

Y así de acuerdo con su esposo amante  
 Departiendo miradas cariñosas,  
 A la ciudad de Ain partió anhelante  
 En la estación de las brillantes rosas.  
 Se escuchaba del viento el silvo errante  
 Y el eco de las aves canorosas,  
 Y el murmurio del agua siempre blando  
 Que en arenas de plata va rodando.

## LXXXII.

Las selváticas flores á porfía.  
 Perfumaban las grietas y gargantas,  
 Que bordaban la senda de María,  
 Besando al paso sus divinas plantas.  
 Al terminar por fin el quinto día,  
 De aquel viaje hecho en ilusiones santas,  
 Llega á la casa de su real parienta,  
 Que á recibirla ufana se presenta.

LXXXIII.

Miriam le dice con alegre acento,  
“La paz, Elizabet, contigo sea,”  
Pero ésta retrocede, y al momento  
Dobla la frente que la dicha orea:  
Siente que su hijo salta de contento,  
A la voz de la Virgen de Judea,  
E inspirada por Dios le dice: “tú eres  
La escogida entre todas las mujeres.”

LXXXIV.

“¿Y de dónde recibo la ventura  
De que á mí llegue el que los cielos viste?  
“¡Oh bienaventurada, porque pura  
“Al mensagero del Señor creiste!”  
La doncella de Sión dulce murmura,  
No siendo su mirada ya tan triste,  
“Gloria, Gloria al Señor del firmamento,  
“Mi espíritu se llena de contento.

LXXXV.

“Al contemplar su liberal grandeza,  
“Pues puso en mí su celestial mirada,  
“Sin atender de mi alma la pobreza,  
“Indigna de servirla de morada.  
“La nación que termina y la que empieza  
“Me llamarán “bienaventurada”  
“La mujer, el anciano, el niño, el hombre  
“Siempre en sus lábios llevarán mi nombre.

LXXXVI.

“Pues ha obrado en mi sér prodigios tantos  
“El Soberano Dios Omnipotente,  
“Cuyo nombre es el Santo de los Santos,  
“Y eterno vivirá de gente en gente.  
“Las vírgenes de Sión alzaron cantos,  
“Y el orgulloso doblegó la frente  
“Al extender su mano poderosa  
“Que dá vida al insecto y á la rosa.

LXXXVII.

“Se vió al rico sumido en la indigencia,  
“Y el mendigo cercado de esplendores,  
“El humilde ensalzó su real clemencia  
“Y lloró el poderoso sus honores:  
“De Israel exaltó la descendencia,  
“Cumpliendo su palabra á mis mayores,  
“Abraham, Isaac, Jacob, que en otros días  
“La promesa escucharon del Mesías.

LXXXVI

LXXXI

CANTO VIII.

LA VUELTA DE HEBRÓN.

LXXXVIII.

En el centro de un valle matizado,  
De la ciudad de Ain poco distante,  
Se alzaba como lirio perfumado  
Una casa de campo deslumbrante;  
La acariciaba el sol enamorado,  
Y el blando soplo de la brisa errante:  
Era de Elizabet, allí vivía,  
Y allí tres meses habitó María.

LXXXIX.

En las templadas horas de la noche,  
Sentada al pié de secular higuera,  
Escuchaba el dulcísimo reproche  
De las ondas que bañan la pradera;  
Miraba abrirse el delicado broche  
Del verde musgo en la mullida estera,  
Y á la luna en su carro de topacio  
Alumbrando cabañas y palacios.

XC.

!Cuán grande allí se presentó á sus ojos  
La mano de aquel Sér Omnipotente,  
Que dá perfumes á los claveles rojos,  
Y dice al huracán: "brama y detente!"  
;El humilde junquillo y los hinojos,  
El riachuelo, la ondina y el torrente,  
El alto cedro y la opulenta palma...!  
Todo llenaba de ternura su alma.

XCI.

Allí miraba despuntar el día  
Cargado de perfumes y rumores,  
Con sus brisas, sus auras, su armonía,  
Sus pájaros, sus frutas y sus flores:  
Allí junto al arroyo que gemía  
Contemplaba los vívidos fulgores  
De millones de estrellas que á lo lejos,  
Dan al mundo sus pálidos reflejos.

---

XCX

CANTO IX.

NACIMIENTO DEL MESÍAS.

---

XCII.

Allá entre tanto que el imperio impío  
Sus águilas llevaba por el mundo,  
Mostrando su soberbio poderío,  
Comprando protección á precio inmundo:  
La populosa Roma en su desvío,  
Ostentando su lujo sin segundo,  
De la triste pereza entre los brazos  
Se adornaba de cintas y de lazos.

XCIII.

Cumplíanse las sacras profecías,  
Y aquel poder de la opulenta Roma  
Era señal bién cierta que el Mesías  
Cual sol llegaba que en Oriente asoma.  
Una helada mañana, de esos dias  
En que calla y tiritita la paloma,  
Mañana de Diciembre en que la escarcha  
Detiene á los viajeros en su marcha.

XCIV.

José y su esposa consemblante ufano  
Á Belén de Judá se dirigian,  
Pues por orden del Cesar soberano  
Todos empadronarse allí debian;  
La helada escarcha del invierno cano  
Y el áspero camino que traian  
Molestaba á la esposa inmaculada  
Que caminaba siempre resignada.

XCV.

Al fin al declinar el quinto día  
Tocaron la ciudad privilegiada,  
Ciudad que siglos antes se creía  
Para cuna de Cristo destinada:  
Era tanta la gente que allí había  
Que ya José sin encontrar posada  
Y cansado de hallar tanto reproche  
Salió á buscar donde pasar la noche.

XCVI.

Tomando entouces el primer sendero  
Que el Dios del cielo presentó á su paso,  
Se halló en el campo el pobre carpintero  
Caminando sin rumbo en el ocaso.  
Dios puso fin á su tormento fiero,  
Porque á la tibia luz de un cielo raso,  
Vió una gruta en el hueco de una peña  
Y allí la Virgen se hospedó risueña.

XCVII.

Era la media noche: mil estrellas  
Bordaban el azul del firmamento,  
Las torcaces soñaban sus querellas,  
Y era tranquilo el murmurar del viento.  
La blanca luna con sus tibias huellas  
Doraba el cicomoro corpulento,  
Cuando en las pajas del establo inmundó  
Nació EL DIVINO REDENTOR del mundo.

XCVIII.

Era rey y su ilustre nacimiento  
Sólo el buey y la mula saludaron;  
Era Dios y en su humilde abatimiento  
Solamente sus padres le adoraron;  
Era dueño del vasto firmamento  
Y un asilo los hombres le negaron:  
Sobre paja reclina su cabeza  
Quien á la tierra y mares dió grandeza.

XCIX.

Al despuntar la aurora en el Oriente,  
Despertando á las aves y á las flores,  
Llegaron ante el Niño Omnipotente  
Multitud de zagalas y pastores;  
Doblando alegres la sencilla frente  
Le ofrecieron el dón de sus amores.  
Y tornaron de nuevo á sus cabañas,  
Por caminos de lilas y espadañas.

C.

Al sol octavo de su tierna vida  
Circuncidaron al pequeño Niño,  
Sangre primera por el bien vertida,  
Raudal de amor, de gracia y de cariño;  
Los ángeles cantaron la venida  
De aquel cordero puro como armiño:  
José le puso de Jesús el nombre,  
Que significa salvación del hombre.

CANTO X.

LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS.

CI.

Entre tanto tres reyes del Oriente  
Estudiando los astros encontraron  
Una estrella tan grande y reluciente  
Como nunca los sabios la soñaron;  
Estrella que en el cielo refulgente,  
Hasta entonces ningunos admiraron,  
Estrella que según las profecías  
La venida anunciaba del MESIAS.

CII.

La ciudad de Seleucia una mañana  
Vió, pues, salir con real magnificencia  
Tres reyes que en brillante caravana  
Iban del Niño Dios á la presencia.  
Guiados por la estrella soberana  
Ostentaban su lujo y opulencia,  
Mas al llegar á la ciudad ruidosa  
Se ocultó la viajera misteriosa.

CIII.

Se apoderó de su alma la tristeza  
Y ante aquel contratiempo desmayaron,  
Mas por su régia pompa y su grandeza  
Hallar al hijo de Miriam pensaron:  
Le buscaron del lujo en la riqueza,  
Y así por Él á todos preguntaron,  
Mas ninguno en Salém le conocía,  
Y esto á los reyes Magos abatía.

CIV.

¿Dónde está preguntaban, dónde se halla  
Ese Niño potente, á cuyo acento  
Las ondas rugen, el Océano calla,  
Braman las nubes, se encadena el viento?  
¿Dónde nació quien todo lo avasalla,  
Mares y tierra, estrellas, firmamento,  
Quien tiene por palacio el cielo inmenso  
Y por imperio el universo estenso?

CV.

Herodes, que esto supo, sin tardanza  
Les hizo conducir á su presencia,  
Y mil locos proyectos de venganza  
Cruzaron por su mente con violencia.  
Abrigaba una sórdida esperanza,  
Y era matar al Santo por esencia.  
Y así dijo á los reyes del Oriente:  
Id y buscad al Dios Omnipotente.

CVI.

Y á la vuelta decidme dónde queda  
Ese niño de siglos anunciado,  
Para que yo, como vosotros, pueda  
Rendirle adoración al Humanado.  
Salieron, pues, tomando una vereda,  
Por un valle de abetos coronado;  
Y allí de nuevo apareció la estrella  
Más brillante, más nítida, más bella.

CVII.

A la luz de sus pálidos fulgores  
Miraron el portal abandonado,  
Donde posó sus tibios resplandores  
El astro de los Magos admirado:  
En señal de respeto al Dios de amores  
De sus plantas quitaron el calzado,  
Reverenciaron su poder inmenso,  
Y le ofrecieron oro, mirra, incienso.

CVIII.

Al salir, un espíritu divino.  
Les reveló de Herodes el intento,  
Y ellos luego cambiando de camino,  
Volvieron á su país con gran contento.  
La Esposa de José con rostro fino  
De aquella escea veneró el portento,  
Y á los Magos de Oriente agradecida  
Les dió la paz del alma en despedida.

CANTO XI.

LA PURIFICACIÓN

CIX.

María por el cielo destinada  
Para lavar la mancha del pecado,  
Era tan pura, humilde y recatada  
Como el pequeño nardo perfumado;  
Era la gracia misma trasplantada  
A la triste mansión del desterrado;  
Mas fué á purificarse complaciente,  
A las humanas leyes obediente.

CX.

Cuando al templo llegó, llegó un anciano  
Y tomando en sus brazos al Ungido,  
Será, le dijo, por puñal tirano  
Vuestro sensible corazón herido:  
Ningún tormento ni dolor humano,  
Que haya de conocerse ó conocido,  
Igualará las penas de vuestra alma  
Que del martirio alcanzará la palma.